

Fuerza lírica innegable tiene el poema que antecede. Y al par que muestra una voz muy original en la poesía femenina del Continente, nos hace ver que en arte pueden conciliarse a maravillas la novedad sin extravagancias y la sencillez de la forma.—C. P. S.

<https://doi.org/10.29393/At174-259JNRM10259>

ROMANCES MADRUGADORES, por *Pedro Jorge Vera*. (Guayaquil. Augusto Ayora. Editor)

Pedro Jorge Vera, uno de los poetas más jóvenes del Ecuador, nos envía desde Guayaquil su reciente libro *Romances madrugadores*.

En la actualidad, y lo confieso sin ambages, casi todo libro de romances me parece sospechoso. Por lo común, el romance ayuda a salir del paso a una serie de poetas mediocres que, saqueando sin escrúpulos a Federico García Lorca, nos atiborran de vulgaridades. Felizmente, no pasa esto en el caso de Pedro Jorge Vera.

Vera comenzó haciendo poesía revolucionaria. Entonces, su forma típica era el poema-cartel:

«Tisis,  
estertores,  
convulsiones:  
el hambre colma los hospitales  
y crea el mausoleo de la fosa común,  
en París, en Shanghai, en Guayaquil...»

Poesía revolucionaria de simple protesta, que ahogaba con su sequedad a un lírico de valor. Pero ahora, con estos *Romances madrugadores*, el poeta ha superado plenamente ese ciclo algo árido y, sin embargo, no exento de significación. La

insurgencia social continúa, pero ya Vera sabe expresarla no en simples carteles, sino en bellos poemas líricos. El poema «La Ciudad que la Sangre Ensombreció», en el que se recuerda la masacre obrera de Guayaquil (15 de noviembre de 1922), es, sin lugar a dudas, el mejor del libro. El poeta sabe cantar con alegría y color a su ciudad antes que la sangre proletaria corriera por sus calles:

«Bulla de canciones verdes.  
Canción de espuma de mar.  
Verde de yerba morena.  
Puerta azul del vendabal».

Pero se avecina la «invasión de la sombra» y el poeta descubre signos premonitorios:

«Hay un cerro que esconde la cabeza  
para no mostrar sus llagas».  
«Y redes donde gimen trece pescadores».

Después, sólo queda decir el lamento de las cosas y de los hombres ante los hechos consumados. Hasta los árboles acusan en el «Coro de Ceibos»:

«Haber rodeado con nuestra fibra recia  
por tantos años la tropical ciudad,  
haberla cobijado como al hijo primero,  
haberle dado sabia, alegría y pasión,  
¡para que sólo sea la Ciudad de la Sangre!»

Y luego acusan los hombres en el bellísimo «Coro de Carboneros»:

«No somos la sola mancha negra  
de la ciudad que despreció nuestro luto.  
Hay más luto en la roja sangre de noviembre  
que en la negra arquitectura del carbón».

Y así transcurre casi todo el libro: denso de poesía, vigoroso de imágenes. Libro impregnado de la luz y del verdor del trópico; a veces rojo historial de Quito o Guayaquil, a veces teñido de fuerza e ingenuidad folklóricas.

Pedro Jorge Vera ha cumplido con la verdadera poesía al publicar estos *Romances madrugadores*. Con ellos enriquece la literatura poética de su generación, compuesta ya por figuras tan prometedoras como las de Alejandro Carrión, Augusto Saccotto Arias, Jorge Guerrero o Ignacio Lasso.—JUAN NEGRO.



GARABATO. Novela, por J. A. Osorio Lizarazo.—Editorial Ercilla, 1939

En la dolorosa historia de este niño colombiano, se advierte un pronunciado parentesco espiritual, con la de aquel Jack, de Daudet. En la existencia de ambos hay un destino implacable que los persigue tenazmente apenas echan a caminar por la vida. No hay aquí por cierto un fanfarrón como aquel cruel poetaastro que es el verdugo solapado de Jack, pero sí un padre rudo y terco que se empeña en que su hijo sea un profesional, un doctor si es posible, y no un pobre carpintero como es él, que debe estar pegado desde el día a la noche junto a su banco de trabajo. El parecido de ambos libros sólo está en la desgracia que día a día va asediando a sus pequeños personajes sin darles jamás tregua, más no así en el tema e incidencias que se apartan por completo, pues en este caso se trata de un libro eminentemente americano en el cual se describen tipos, escenas